

PARA FRANCISCO YLLÁN

Otra vez me toca poner un pórtico de palabras a la pintura de Francisco Yllán, y ya va a ser demasiado atrevimiento en este servidor de ustedes, simple contemplador a quien le está vedada la facultad de los teóricos que tan finamente hablan de vibraciones y de influencias, del debatir con los empastes y los soportes, de cromatismos predominantes... La otra ocasión fue hace nueve años, y desde entonces los críticos y el público han visto la continuidad del artista, berciano de adopción pero murciano de nacimiento, afianzado en bases que le permiten -le obligan- a encararse con crecientes aventuras pictóricas.

Paco Yllán pinta y, como les ocurre a tantos creadores, afronta otras ocupaciones en la vida. Yo pienso que al pintor Yllán le favorece su reparto del tiempo en actividades distintas, porque esto le facilita un acercamiento al país y a sus gentes que luego se respira en la obra. Vividos, visitados, transitados, esos paisajes del Bierzo -¡que predilección por el otoño, romanticismo de Enrique Gil!- donde casi se oye el roce de las hojas caídas. La ensoñación del lago. Las pallozas humildes. El encuadre como encantado de la fortaleza de Corullón. Las visiones recónditas de Peñalba, y San Pedro de Montes y Santiago de Villafranca. O, en fin, el toque tierno y dramático de los pequeños gitanos en el vertedero...

Sé que el arte de Yllán merece mayores honras que las que pueda darle mi pluma. Pero "la pintura no necesita honores, pues ella puede dárselos a todo el mundo", y la frase no es mía sino del pintor Carreño de Miranda, y dicha para los oídos de un rey.

Antonio Pereira